

### XIII

El verano estaba por terminar en unos días, la colonia ya había concluido a fines del mes anterior y las clases en el colegio todavía no habían iniciado las materias extra curriculares como la Educación Física. Sin embargo, Rafa seguía levantándose temprano. Y aquel sábado debía correr, primero para terminar de definir los últimos detalles para mudarse al fin solo y luego en la cancha, ya que *El Nápoli* jugaba el clásico ante *Gavilán*.

A pesar del apuro, el muchacho estaba contento porque había conseguido alquilar por un razonable precio un departamento en un edificio nuevo sobre Rodolfo López, cerca de la estación de Quilmes. El trabajo veraniego, logrado gracias a su flamante título, le había posibilitado reunir los últimos billetes para, al menos, comprarse una heladera. Después de mucho discutir, convenció a su madre de que lo dejara llevarse la cama de su habitación junto a su escritorio y un banquito que iban a funcionar de mesa y sillas en su nuevo domicilio hasta que pudiera adquirir otros muebles.

Durante ese sábado movido y agitado, Rafa también tenía que ir a pagar a la inmobiliaria y después, ya con las llaves en su poder, hacer la mudanza; además de pasar por el bazar para comprar los utensilios de cocina básicos. En tanto, el caso de la garantía para el contrato de alquiler había sido una batalla perdida más ante Elena, por lo que el joven, desesperado, había recurrido, una vez más, a Claudio, quien aceptó ayudarlo a cambio de que ese año hiciera el mayor esfuerzo posible para poder jugar más minutos con la celeste.

Cuando Rafa salió de la inmobiliaria, ubicada en pleno centro quilmeño, miró el reloj y se dio cuenta de que no iba a poder llegar al partido si primero hacía las compras

que le faltaban. Ya había decidido postergar la mudanza para la tardecita con la esperanza de que sus amigos le dieran una mano. Entonces, con la soga del tiempo al cuello, partió directamente hacia el predio del viejo Rómulo.

*El Nápoli*, por su parte, tras la partida de Leopoldo y el regreso de Eduardo, esta vez él solo como entrenador, se había recuperado del mal comienzo mediante una racha de nueve partidos invicto, con sólo dos empates. Mientras que Julián finalmente fue indultado por la organización del torneo y en la octava fecha regresó con un gol. En tanto, Nazareno, otra vez, le marcó un gol olímpico a *Parque* y el plantel incorporó a Ezequiel como volante ofensivo. En este marco, los napolitanos llegaban a un choque frente al clásico de clásicos en una buena posición en la tabla, aunque con pocas probabilidades de llegar a la cima.

Fue justamente Ezequiel quien abrió el marcador de un encuentro disputado en cancha 1. Pero Maxi y compañía, sobre todo el primero; dieron vuelta el resultado al comenzar el segundo tiempo, el cual se caracterizó por un desarrollo caliente. Pero el entrenador napolitano, que había decidido ser jugador al mismo tiempo, entró y apenas tocó la pelota la mandó a guardar de cabeza faltando muy poco para el final.

El partido se dirigía a un empate clavado pero *El Nápoli* jugaba con un hombre menos y *Gavilán* presionaba. Por eso, cada contra de los celestes era un tanque de oxígeno.

El árbitro marcó dos minutos de adición cuando Ezequiel se llevó el balón hacia el córner del área rival. Intentó retenerla lo más posible para que pasara el tiempo, pero lo bajaron con una infracción que el referí no sancionó, a pesar de que el jugador napolitano quedó tendido en el piso, visiblemente adolorido.

Como si fuera un rayo, *Gavilán* elaboró un contra-contra-ataque con dos jugadores más y en la última jugada del partido, Maxi puso el 3 a 2 definitivo. Y con

ese resultado estalló la bronca del *Nápoli*, cuyos jugadores se fueron encima del árbitro para reclamarle por la falta no sancionada en la jugada previa al gol.

La ronda de reclamos se armó a la altura de centro de la cancha, hacia el lateral en el que se ubicaba el portón de ingreso al terreno de juego, desde donde, supuestamente, el veedor controlaba el desarrollo normal de los partidos. En ese tumulto, en el que Andrés, el Cordobés y Julián eran los más enfurecidos; le cortaron el paso al de negro para que no se fuera de la cancha. “¡Lineman, lineman! ¡Vos tuviste que haberlo visto!”, le gritaba el defensor exaltado al juez de línea que trataba de separar. “¡Culeao!”, seguía insultando el Cordobés, pero los jueces no querían dar explicaciones y empezaron a empujar para salir. Pero el defensor no se los permitió y, como si fuese un boxeador, le aplicó un terrible jab de izquierda en el pómulo derecho del árbitro, quien cayó al suelo.

Tras la violenta agresión, los compañeros del defensor se llevaron a éste de los pelos hacia el vestuario mientras otros, junto al veedor y otros organizadores, ayudaron a retirar al referí que terminó con un ojo morado.

La expulsión de por vida del torneo que seguramente iba a recibir el Cordobés luego de aquel incidente no hizo más que precipitar lo que algunos de los jugadores históricos del plantel ya sabían: frente a *Gavilán* era el último partido del defensor con la celeste. Es que el Cordobés ya había decidido mudarse junto a su esposa e hijos a su pueblo natal para tratar de mejorar sus problemas de trabajo, por lo que el final de su carrera en el equipo estaba sellado.

Si bien quedaba una fecha más, el defensor tenía pasaje para el día siguiente, por lo que sus compañeros decidieron en el momento no almorzar en el club e ir directamente a la casa de los hermanos Giannini para hacer un asado con piletta. Había que despedir a un jugadorazo y amigo, además de olvidar rápidamente otra derrota en

un clásico. Pero Rafa no pudo ser de la partida porque quería mudarse lo antes posible, así que se fue derecho a su casa para preparar todo.

El joven tenía que elegir entre aquello que desde hacía tanto venía buscando y una ocasión única e irrepetible con el equipo, y finalmente eligió la primera, aunque en el fondo sabía que se iba a lamentar por siempre haberse perdido la despedida del Cordobés.

Los principales diarios del país publicaron en los últimos días de marzo una serie de noticias sobre la causa en la que se investigaba la quiebra del *Banco Quilmeño*. Según los matutinos, el juez a cargo del expediente había decidido cerrar la etapa de instrucción y elevarlo a juicio oral y público, unos siete años después de aquel escándalo financiero que acabó con la carrera de una entidad reconocida no sólo en el conurbano. En el banquillo de los acusados iban a estar sentados tres de los exdirectivos del banco, todos imputados del delito de “administración fraudulenta”, que tenía una pena de hasta seis años de cárcel.

Rafa se enteró de la noticia justamente a través de los diarios y no de boca de su padre, lo que lo enfureció; a pesar de que su papá nunca comentaba las idas y venidas de aquel expediente en el que él nunca había estado imputado. Sí fue uno de los tantos sospechosos a los que se les investigó su patrimonio por haber tenido un cargo ejecutivo en el *Quilmeño*. Pero la decisión judicial de cerrar la instrucción terminó por desvincular totalmente a Ángel Cúto.

Claudio entró al buffet de *Scampia* y vio a Rafa de muy mala cara, tomando una cerveza en la barra, con los brazos sobre el papel arrugado y ya descolorido de tanto uso que le habían dado al diario. El joven tenía la mirada perdida y mascullaba bronca.

-¿Qué te pasa Rafa? -preguntó el recién llegado.

-Nada, todo bien, Un poco cansado de tanto ir y venir.

-¿Ya terminaste de mudarte?

-Sí, sí, hace una semana que ya estoy instalado.

-Bien entonces.

-Sí, por suerte.

Claudio miró a Rafa con un gesto de satisfacción. Dentro de todo, el fundador del *Nápoli* estaba satisfecho ya que el equipo había empatado 2 a 2 frente a *Sapucay* en la última fecha del Clausura y terminado en la sexta colocación con el 56,3 por ciento de los puntos. Pero esta vez, el delantero no había finalizado arriba en la tabla de goleadores del plantel ya que el primero fue Nazareno con seis tantos, uno más que él.

Sin embargo, de cara al debut del equipo en un nuevo torneo, a Claudio le preocupaba la actitud de Rafa, quien a pesar de haber sido el primero en llegar a la práctica evidenciaba cierto desgano.

Rafa lo miró sabiendo que su amigo esperaba una respuesta, pero en un primer momento decidió no decirle nada, fiel a su costumbre. Más allá de eso, si había alguien con quien siempre había podido hablar abiertamente, ése era Claudio. Entonces, luego de unos instantes de duda, el joven sólo le acercó el diario y le señaló la noticia creyendo que su compañero iba a entender el mensaje rápidamente. Pero no fue así ya que tanto los padres del joven como Rafa mismo habían preferido nunca contar a nadie aquella situación embarazosa, una más de la familia Cútoló.

-Mi papá trabajaba para ese banco, ¿no te acordás? -sostuvo Rafa al ver los ojos de desentendimiento de Claudio.

-¡Ah!, cierto. Pero acá en la nota no lo nombran a tu viejo, así que él no va a ir a juicio, ¿o sí?

-No, no.

-Menos mal. Entonces, ¿por qué esa cara?

-Porque no es justo.

-¿Qué? ¿Qué tu viejo no vaya a juicio? ¿Me estás cargando?

-No.

Claudio hizo una pausa porque veía que la mano venía muy complicada y confusa al mismo tiempo, y en esos momentos es difícil elegir palabras que no suenen desubicadas y terminen por empeorar la situación.

-Bueno, Rafa, todos meten la gamba alguna vez, también tu viejo.

-Pero no es eso. La verdad es que nunca supe si él tuvo que ver o no con todo esto. Y muy probablemente no haya tenido nada que ver.

-¿Y cuál es el problema?

-Me da mucha bronca y me duele porque estoy seguro que nunca se va a saber la verdad de todo esto, ni siquiera con el juicio. Y a todos los que se robaron esa millonada de guita y cagaron a un montón de gente no les va a pasar nada.

-Y sí, en este país pasan estas cosas y te dan bronca. Pero no me parece que tengas que ponerte así de mal, sobre todo, porque no es algo personal.

-Sí lo es. O por lo menos yo lo hago muy personal.

-Perdón, pero no te entiendo. Si querés, explicámelo desde el principio así te puedo ayudar.

-No importa. Dejá. Es muy complicado.

-Mirá Rafa, a veces me canso de tus misterios. Desde que empezaste a laburar conmigo, hace ya varios años, siempre fue así. Entonces dejate de dar vueltas y contame la posta.

-La posta es que me duele que a todos estos tipos del banco no les va a pasar nada y yo me comí el garrón de mi vida por un boludez, por ser un pendejo estúpido.

Yo la pagué carísimo, por boludo justamente, y estos tipos no, porque se las saben todas.

-¿De qué hablas?

-De que no todos los comentarios que circularon por el barrio cuando yo me fui eran mentira.

-Entonces ¿tus viejos te echaron de la casa?

-No.

-¿Te escapaste con una mina?

-Tampoco.

-¿Te internaron en una granja de recuperación?

-No, mucho peor.

-Bueno, muerto no estás, así que no quedan muchas posibilidades.

-No, queda una sola. Y vos ya sabés muy bien cuál. Porque lo conocías a Luisito Vera, ¿o no?

-Sí, fue compañero tuyo y de mi hermana, y conozco su historia.

-Entonces ya sabés a lo que me refiero. Y si no, Noelia seguro que sí.

Preguntale.

Efectivamente, Claudio dedujo lo que le había ocurrido a Rafa aunque no iba a poder entenderlo jamás porque era imposible que pudiera ponerse en el lugar del joven.

El otoño en el sudeste del conurbano es muy lluvioso. Pero a diferencia de lo que ocurre en otros partidos vecinos como Berazategui y La Plata, Quilmes se encuentra ubicado en un terreno más bajo y más cercano al río, por lo que es propenso a que su ribera se inunde con facilidad. Si bien no sopló la sudestada, las precipitaciones de aquel abril desembocaron en la suspensión de las tres primeras fechas del Torneo Apertura

2005. Pero al *Nápoli* le vinieron bien esas postergaciones porque pudo entrenar un poco más y prepararse mejor para el tan ansiado debut, en especial, porque Eduardo había decidido incorporar a dos jugadores nuevos: el “Pantera” y el “Gallego”, ambos amigos del técnico, a quien conocían desde hacía muchos años del campeonato platense en el que habían jugado juntos para el equipo del *Banco Provincial*.

El Pantera era un jugador polifuncional al que el entrenador habitualmente colocaba de lateral derecho, *stopper* o volante, siempre por el mismo lado de la cancha. Y entre los 11 titulares terminó por ocupar el lugar de Julio.

Mientras que el Gallego era un mediocampista habilidoso, con buen manejo de pelota y que podía desempeñarse tranquilamente como el armador del equipo napolitano, función que compartió en un primer momento con Ezequiel y luego con Iván, quien de estos dos era el que casi siempre arrancaba como titular.

En ese marco, los celestes debutaron en el torneo con un 1 a 1 frente al *Naranja* con un gol de Juancho, el defensor que a pesar de ser un jugador del riñón de Leopoldo decidió quedarse en el plantel tras la partida del exentrenador.

A ese empate clásico le siguió un notable triunfo ante *El Rayo* por 5 a 1, con dos goles de Ezequiel, dos de Claudio y el restante de Gabriel.

Después de aquella victoria, la mayoría de los jugadores se reunieron, una vez más, el sábado por la noche, para festejar una nueva vuelta al sol de Nazareno. Y otra vez el agasajo fue en el “templo” de Ranelagh.

Nazareno, Marcos, Emiliano, Andrés y Rafa se habían quedado solos en el garaje, sentados alrededor de una mesa desbordante de vasos de cerveza y fernet, y envueltos en una nube de humo que subía por una especie de escalera caracol gaseosa desde el tabaco encendido hasta el cielo raso.

-¡Que partidito ganamos hoy, eh! -expresó Marcos mientras se reclinaba sobre la silla plástica que rechinaba contra la laja negra que revestía el suelo.

-La verdad que sí -dijo Andrés-. Pero el partido que viene no hay que perder por nada del mundo. Son los puntos que van a hacer la diferencia.

-Bueno Andy, no es para tanto, relaja un toque, disfrutá del momento -expresó el Gordo a modo de reproche.

Rafa estaba callado, desde hacía varias semanas que no podía dejar de pensar en cómo se su padre había manejado el caso del banco con tanto silencio y su madre con tanta indiferencia. Ni siquiera comentan una buena noticia, pensaba el joven. Ya no vivía más con ellos pero los veía regularmente para evitar sumar una crítica más a su larga lista de defectos. De hecho, toda esa situación le estaba restando alegría a su reciente independencia domiciliaria. Sumado a que aquella charla con Claudio, en la que por primera vez había dicho una parte de su verdad, le había traído malos recuerdos que lo estaban persiguiendo nuevamente, quizás, aprovechándose de su soledad. Y también sabía que a partir de entonces, más temprano que tarde, iba a tener que contar la otra parte de la verdad a sus amigos allí reunidos que, seguramente, ya lo sabían de boca de Claudio.

El joven prendió un cigarrillo que sacó del atado de Emiliano que estaba a su lado y luego de una larga bocanada miró fijamente al capitán.

-El Gordo tiene razón, Andy: hay cosas muchos peores.

-Seguro que sí. No digo que perder un partido de fútbol sea la muerte. Pero yo lo siento así. Es lo que me motiva para jugar.

-Te entiendo y lo respeto. Pero vos pensás así porque sos el capitán, siempre titular. Otros la tenemos más difícil. Y está bien, no es una crítica destructiva. Sólo digo, como Emi, que aproveches esa situación y disfrutes más.

-Ya sé que me lo decís con buena onda. Y también sé que vos tuviste que afrontar muchos quilombos, y grosos, que hacen ver un partido de fútbol como una reverenda pavada.

-Es verdad. Si lo sabés, entonces me entendés.

Nazareno y Marcos se miraron entre ellos y advirtieron que lo que había sido un secreto a voces estaba a punto de ser una comunicación oficial. Y, para tales fines, contaban con la Licenciatura de Periodismo de Andrés.

-¿Te puedo hacer una pregunta personal? Espero que no te moleste y, si es así, no tenés que responderme –el periodista se dirigió a Rafa, quien en ese momento atrajo los ojos de todos los presentes.

-A ver... -señaló Rafa al tiempo que se acomodó en su silla. Luego bebió un sorbo largo de su trago y cruzó las manos sobre su regazo entrelazando sus dedos y a la espera de las palabras que el capitán estaba tratando de seleccionar cuidadosamente.

-¿Qué hacés en un día común cuando estás ahí adentro?

-¿Y para qué querés saber eso?

-Curiosidad. Qué se yo. Si te jode, dejalo ahí.

-No, está bien. Somos pocos y nos conocemos mucho. Hasta capaz que me haga bien contarlo.

-Puede ser.

-Bueno. En un día común, te levantás a las siete, desayunás y tenés un recreo en el patio. Después empiezan las actividades como el colegio, cursos y esas cosas. Almorzás, viene la hora de la siesta y después hay más actividades hasta la cena. La peor parte es la noche.

-¿Y vos que hacías?

-Si estudiabas, te quedabas puertas adentro. Pero yo estaba más en el patio, entrenando con el equipo de fútbol. Creo que la pelota fue lo único que no extrañé.

-¿Y qué extrañaste? -continuó Andrés, quien ya había dejado la charla amistosa para convertirla en una entrevista mientras los otros tres chicos escuchaban atentos.

-Extrañas todo, loco, todo.

-¡Qué garrón!

-La verdad que no se lo deseo a nadie.

-¿Y la noche por qué es lo peor?

-Porque estás dentro de la celda, que es una piccita de dos por dos, con dos camas cucheta empotradas en cada pared, un inodoro, una piletita y una mesita para apoyar boludeces... Todo sucio y apestoso.

-Pero me refería a otra cosa.

Rafa tragó con esfuerzo otro poco de su cerveza y luego hizo una mueca, torciendo la boca hacia uno de los lados.

-¡Cómo son los periodistas, eh! -intervino Emiliano.

-Perdón Rafa, si me zarpé.

-No, todo bien. La posta es que las primeras tres noches me las pasé cagándome a trompadas y sin dormir. Pero te terminan ganando por cansancio.

Los chicos advirtieron que la conversación ya estaba entrando en un terreno delicado, por lo que rápidamente cambiaron de tema y volvieron a las anécdotas de mujeres y fútbol, muchas más divertidas. Pero Rafa se quedó casi todo el tiempo callado, recordando. Mientras sus amigos charlaban y se mataban de risa, él terminó su trago y decidió irse a su casa. Sus amigos, algo avergonzados por su falta de empatía, no le insistieron para salir.

## XIV

Quilmes, 20 de diciembre de 1998

En atención al resultado arribado al tratar las cuestiones precedentes, el Tribunal por unanimidad resuelve:

1) Condenar al acusado Rafael Cútoló, de datos personales constantes en autos, a la pena de tres años de prisión efectiva, accesorias legales e imposición de costas, por ser penalmente responsable del delito de robo simple, en carácter de partícipe secundario y en perjuicio de Lidia Bonafine, según hechos producidos entre las 17 y las 18 del 15 de agosto del corriente año en Conesa y Lavalle, de esta jurisdicción judicial.

2) Extraer testimonios de las piezas pertinentes -una vez consentida o ejecutoriada la presente- y remitirlas a conocimiento del Sr. Fiscal que instruye la causa en la que está imputado el prófugo Luis Vera.

3) Disponer, de acuerdo a lo establecido por Ley, que a los ocho meses de encarcelamiento, el condenado podrá pedir su libertad, previo informe de la dirección del establecimiento e informe de peritos que pronostique en forma individualizada y favorable su reinserción social.

4) Regular los honorarios del doctor Jorge Pisano como defensor oficial de Cútoló en cuarenta (40) jus con más el adicional de Ley.

5) Regular los honorarios de los doctores Mirta López y María Eugenia Rodríguez en veinte (20) jus con más el adicional de ley.

Regístrese copia de la presente. Con su lectura ténganse por notificadas a las partes. Líbrense los oficios y comunicaciones que sean necesarios para su debido cumplimiento. Practíquese el cómputo de pena por Secretaria. Oportunamente, remítase al señor Juez de Ejecución mediante atenta nota de estilo.

Rafa terminó de leer la última hoja del fallo y volvió a sentir un escalofrío por la espalda. No sabía por qué tenía aquel documento en el primer cajón de su mesita de luz ni muchos menos la razón por la cual lo había vuelto a leer después de tantos años ya que en su mente recordaba cada una de las palabras textualmente. De hecho, su propia memoria sonaba con la misma voz y el mismo tono de la jueza que lo leyó.

El joven se quedó parado junto a la cama. Había regresado de la reunión con los chicos algo borracho, por lo que no quería acostarse enseguida para evitar descomponerse. Permaneció unos minutos leyendo el fallo que no había sido, desde lo técnico-teórico, tan severo. Es que el tribunal finalmente decidió que no se había tratado de un robo calificado ya que no se probó que Luis utilizó un arma. Los jueces tampoco juzgaron las lesiones de la mujer a la que le habían robado la cartera, y que terminó cayendo en medio de la calle y golpeando contra el asfalto, ya que la fiscalía y la querrela, por error o desidia, no lo habían acusado de ese delito porque primaba la imputación inicial del robo consumado, de por sí, ya bastante grave.

De esta manera, Rafa no fue considerado como coautor del hecho sino como alguien que “cooperó a la ejecución” del mismo y que “también prestó una ayuda posterior cumpliendo promesas anteriores”.

Con los ojos cansados recorrió aquellas líneas y luego las depositó nuevamente en el cajón, arriba de la pila de cartas y notas de amor que Cintia le había escrito durante su noviazgo, el título intermedio que ya había conseguido en el Profesorado y unos viejos números de *El Gráfico* que guardaba desde niño.

Los alrededores de la cancha 2 estaban repletos de personas, algo poco habitual para un partido de fútbol amateur en la ribera de Quilmes y, en especial, tratándose de apenas la sexta fecha del torneo, que en ese tramo no era definitiva. Aquel público no estaba allí por el fútbol sino por la memoria de un joven que había sido asesinado por delincuentes que quisieron robarle su auto en la puerta de su casa en Wilde. Era el tercer aniversario del crimen de Leonardo Di Marco y ese sábado el equipo en el que había jugado la víctima, *Parque*, se enfrentaba al *Nápoli*. Ellos, de verde y con una bandera que recordaba a la víctima, venían bien en la tabla mientras que los celestes habían sufrido dos derrotas seguidas (una de ellas frente a *Gavilán*) y un triunfo, por lo que se esperaba un partido interesante. El clima ayudaba a darle un marco tenso al encuentro con un frío invernal profundo y una cancha embarrada por la lluvia de los días previos.

El desarrollo del partido fue muy duro, trabado y luchado, con *Parque* controlando más el balón y teniendo alguna que otra llegada de gol más que los napolitanos. Por eso no sorprendió que los verdes se fuesen en ventaja por la mínima diferencia al cabo del primer tiempo.

Pero en la segunda etapa, *El Nápoli* emparejó el partido a base de mucho esfuerzo, por lo que el rival se puso nervioso, al igual que su público, encabezado por

los padres de Leonardo, María y Alfredo. Este último era, principalmente, quien más hablaba, alentaba y se quejaba desde el otro lado del alambrado. Mientras que ella no le daba tanta importancia a los vaivenes de la pelota.

En ese contexto, el árbitro tuvo algunos fallos polémicos, por lo que el encuentro empezó a calentarse con las permanentes protestas de los jugadores, suplentes, técnicos e hinchas de ambos lados. Así fue que se entablaron pequeñas peleas, una de ellas, la de Andrés con el entrenador de *Parque*, un hombre morocho, de tan baja estatura que parecía más ancho que alto. Y en una pelota dividida sobre el lateral que daba a donde estaban los suplentes, Andrés trabó fuerte con un rival y el entrenador verde se lo reprochó. El capitán napolitano no respondió pero no tuvo mejor idea que escupir hacia el suelo pero muy cerca del banco, por lo que sus contrarios se enfurecieron y lo insultaron. Rafa, quien estaba entre los relevos, intervino de inmediato tratando de separar y le pidió calma al técnico rival, pero el que no podía paraba de agredir verbalmente a Andrés era Alfredo, quien ya estaba colgado del alambrado. “¡Hijo de puta! ¡Mala leche!”, le gritaba al jugador que se alejó diciéndole con ironía: “Los de afuera son de palo.”

Minutos después de esa discusión, Eduardo, quien seguía siendo técnico-jugador, de espaldas a la línea del área grande de *Parque* le tocó la pelota al 5 que le pegó como venía y la clavó abajo al primer palo del arquero. Fue el 1-1 y Andrés salió corriendo gritando aquel tanto como si valiera un campeonato. Quería descargarse y se arrojó sobre el barro, donde sus compañeros, empezando por Emiliano, se le tiraron encima.

Después del festejo, Andrés pasó por adelante del banco de suplentes y no hizo ningún comentario, pero los fulminó con la mirada a todos los que lo habían insultado y que ahora estaban callados.

En tanto, el empate despertó la actitud de *Parque* que sobre el final se puso 2 a 1 y terminó ganando un partido clave para sus aspiraciones de estar muy cerca de la cima de la tabla de posiciones.

Al finalizar el partido, como era costumbre en Andrés y sus compañeros, todas las peleas, insultos, discusiones y diferencias quedaron en el pasado, y se saludaron con sus rivales, incluyendo su público.

El capitán napolitano, aún molesto por la derrota pero mucho más tranquilo, se cambiaba la ropa embarrada en uno de los bancos apostados al costado de la cancha ya que quería irse rápido a su casa a bañarse y luego dirigirse a trabajar a la redacción de la agencia de noticias estatal. Mientras guardaba sus cosas en el bolso, María Di Marco estaba a unos metros saludando a todos aquellos que la reconocían y se acercaban a darle su apoyo. Entonces, Andrés esperó a que la mujer estuviera sola, luego caminó hasta ella y le dio un beso.

-Soy el periodista Andrés Arbeloa, ¿me recuerda? Hemos hablado muchas veces.

-¿Vos sos Andrés de la agencia estatal? ¡Con razón te veía cara conocida! -respondió la mujer, sorprendida-. Alfredo vení que te presento a alguien -indicó a su esposo, quien hablaba con el entrenador del equipo de su hijo.

Algo desconcertado, Alfredo se paró junto a su mujer y le extendió la mano a Andrés.

-Él es Andrés de la agencia de noticias del Estado.

-¿En serio? Y encima yo te puteé. ¡Me quiero matar! ¡Qué vergüenza!

-No hay problema. Cosas que pasan -dijo el capitán con tono conciliador.

-No te hacía tan bravo, eh -bromeó el papá de Leonardo y luego ambos hombres rieron.

La madre del joven asesinado también sonrió pero su dolor aún era más fuerte que cualquier otro sentimiento ya que su duelo estaba atado a la llegada de la Justicia que, por aquel entonces, se hacía esperar, aunque finalmente llegaría, a su tiempo.

Lo que no se hizo esperar fue la recuperación del *Nápoli*, que tras esa derrota que lo había dejado lejos de la punta consiguió tres triunfos en fila, volviendo a la pelea por el campeonato. Pero una inesperada derrota 3-4 ante *Deportivo Amistad* lo volvió a dejar un poco más abajo que el resto de los equipos que estaban en la lucha. Por entonces, los celestes eran un equipo inestable, irregular, que atacaba mucho pero defendía poco. Sin embargo, dos triunfos por 3-1 le dieron un saldo positivo a su balanza y devolvieron las aspiraciones, más matemáticas que reales, de obtener el título tan deseado.

El invierno ya estaba en franca retirada, por lo que los días se alargaban; aunque otras cosas se acortaban, como las chances del *Nápoli*. En la fecha 13 tenía que enfrentar un clásico y sortearlo si quería seguir adelante. Esta vez, debía vencer a *La Quebrada* que, por su parte, estaban mucho más cerca de la cima que los celestes, lo que lo convertía en un rival de extremo peligro.

De nuevo en la cancha 2, el rival de turno le estaba dando un fuerte cachetazo con un 4 a 1 y todavía faltaban varios minutos para que terminara el partido, aunque el resultado parecía inevitable. Pero era un clásico y nadie regalaba nada en esos encuentros. Por eso, *El Nápoli* seguía yendo y Roma y compañía luchaban por mantener su ventaja.

Julián entró gambeteando al área en su jugada habitual de afuera hacia adentro, de derecha a izquierda, aprovechando su perfil zurdo y un defensor de *La Quebrada* lo derribó en un claro penal. Pero el árbitro no lo sancionó, por lo que se desató la bronca

napolitana. Dentro de la cancha, los jugadores de celeste rodearon al de negro y desde el banco Emiliano y Juan no escatimaron en insultos. Al escucharlos, el referí inmediatamente los expulsó a ambos y eso aumentó al furia de los dos suplentes: uno, el Gordo, que acababa de salir y había sido el autor del único gol de su equipo; y el otro, Juan, que se disponía a ingresar en lugar de Rafa, quien había tenido, una vez más, un rendimiento entre discreto y aceptable.

-¿Nosotros dos? -preguntó Emiliano al árbitro y a la distancia.

-Sí, sí. Ustedes dos. ¡Afuera! -indicó el referí mientras Juan ya estaba adentro de la cancha para ir al encuentro de su verdugo.

Rafa y Andrés corrieron hasta alcanzar a Juancito, quien se quería comer crudo al árbitro, y lo lograron justo antes de que lo agrediera, mientras que el Gordo se acercó lentamente, un poco más tranquilo porque no podía creer que el referí lo hubiera escuchado desde tan lejos y, sobre todo, porque no entendía cómo no había sancionado un penal tan claro y evidente.

-Los dos se van afuera o no sigue el partido -reiteró el de negro.

-Pero, ¿por qué? -señaló Juan, quien seguía abrazado a sus dos compañeros al tiempo que Emiliano empezaba a retirarse del terreno de juego.

-Vos sabés bien por qué.

Al cabo de varios minutos de forcejeos y discusiones, Emiliano y Juan salieron de la cancha, donde el entredicho siguió entre ambos y Mauricio, quien estaba de veedor y permanecía callado, sin intervenir, como siempre. “Vos lo viste, Mario, era un penal más grande que una casa y encima me echa del banco de suplentes justo cuando estaba por entrar”, le recriminó Juan, quien después se dirigió al buffet a buscar algo para calmar su sed y su enojo.

Emiliano, en cambio, se quedó parado junto a la puerta de alambre de la cancha, esperando a que el encuentro se reanudara pero el árbitro no quería hacerlo.

-Mauricio, hasta que el señor no se retire, no sigue -explicó el referí, tras lo cual, el veedor le pidió al Gordo que se fuera al vestuario y se bañara tranquilo.

-Pero ya está, ya pasó. Quiero quedarme acá, mirando el partido.

-No puede, váyase al vestuario -indicó el árbitro desde el interior de la cancha.

La insólita pero firme decisión arbitral sacó de las casillas a Emiliano, quien ahora sí quería volver a entrar a la cancha para agredir al juez. Claro que el Gordo no era de esa clase de jugadores, pero el de negro estaba al tanto de los antecedentes del equipo y temía ser atacado a golpes. Finalmente, entre Rafa, Andrés y Nazareno, controlaron a Emiliano y lo acompañaron hasta el vestuario para evitar, más que nada, una dura sanción en su contra.

-¿Alguna vez viste algo así, Rafa?

-La verdad que no -respondió el compañero mientras el Gordo se sentaba en el banco del vestuario y empezaba a sacar la toalla y el jabón para ir a la ducha.

-Pero si ya me había echado y estaba fuera de la cancha, ¡¿qué necesidad tenía de mandarme acá?!

-Ni él lo sabe. Es como si te hubiera puesto en penitencia. Pero ya está.

-Sí, ya fue. Bueno, anda, que parece que ahora van a seguir el partido.

-Al pedo, pero bueno... -dijo Rafa y luego transitó unos 20 metros hasta la cancha en la que Juan seguía siendo calmado por Andrés y Nazareno, y volvió a ocupar su posición en el terreno.

El encuentro siguió y terminó 4 a 1. *La Quebrada* volvió a dejar sin chances al *Nápoli*, que hasta el final del campeonato cosechó dos triunfos y una derrota más. Así,

terminó en la octava posición, con el 59,4 por ciento de los puntos y con Emiliano y Claudio como máximos goleadores, con 9 tantos cada uno.

El agua de la pileta de material, con bordes de lajas y unos azulejos profundamente celestes, reflejaba como un espejo la claridad de la luna de una noche totalmente despejada y calurosa. Faltaban unos pocos días para el inicio formal del verano y todos los miembros de plantel del *Nápoli* estaban reunidos junto a un largo tablón de madera sostenido por tres caballetes chuecos donde acababan de comer un cordero que había conseguido el Pantera en su pueblo natal, Lobería, y que Emiliano había preparado durante horas. Claudio, algo callado y con su vaso de fernet lleno hasta el tope, estaba sentado en la cabecera junto al dueño de casa, Arturo Giannini; mientras tanto, la esposa de éste, Marta, permanecía en la cocina comedor, mirando una película por televisión y fumando.

Los hijos de Claudio jugaban con los de Julián y Eduardo por todo el patio, mientras en la sobremesa se percibía cierto dolor, el cual no se debía precisamente a que más temprano habían perdido 0-4 frente a *Doble Visera* por la décima fecha del Clausura cortando así una racha de ocho partidos invictos, con seis triunfos y dos empates. Las anécdotas del Polaco y Julián (muchas repetidas) ya habían pasado y ahora en el aire se respiraba tristeza porque todos sabían que, muy probablemente, nada iba a ser igual a partir de aquel día.

Rafa se sentó a uno de los lados de Claudio y le acercó su copa para brindar. “Como te voy a extrañar”, le dijo al oído, tras lo cual se escuchó el roce de los cristales.

-¿Cuándo te vas Clau? -preguntó el joven luego de beber un trago profundo.

-El lunes ya tengo que estar trabajando en Santiago. Pero mi mujer se queda con los chicos hasta después de las Fiestas. Yo vuelvo para estar con ellos y el dos de enero nos vamos todos.

-¿Y allá ya tenés casa y todo?

-Sí. En los últimos viajes que hice ya me dieron a elegir una casa y me quedé con una que está cerca de la cancha de la Universidad Católica, toda amueblada, lista para ocupar.

-¡Qué bueno! ¿Y así que son por lo menos dos años de vivir allá? Bah, Naza me dijo que así se manejan en el laboratorio.

-Claro, son por lo menos dos años en cada lugar.

-¿Cómo en cada lugar?

-Sí, una vez que empezás con este proyecto te van rotando por distintos países.

-¡Ah!, no sabía eso. O sea, que no sabemos cuándo vas a volver.

-Tranquilo, Rafa, obvio que voy a volver -sostuvo Claudio y posó su mano sobre la espalda de su joven amigo-. Además, ya no me necesitás. Ahora te cuidas vos solo. Tenés tu departamentito, tu carrera, tu laburo. Sólo te falta una novia y terminás de sentar cabeza, ¿o no?

-Ojalá... Pero che, hablando de laburo, ¿qué vas a hacer con el club?

-Mirá, va a seguir a mi nombre pero el fondo de comercio lo va a manejar por completo mi vieja. Quizás, ella te pida que le des una mano, al principio, ¿está bien?

-Obvio. Siempre que pueda le voy a dar una mano.

-Gracias, pibe.

-No, Clau, gracias a vos. Por todo. Vos sabés muy bien que si no fuera por todo lo que has hecho no estaríamos todos nosotros acá.

En ese momento, Claudio se quedó sin palabras. Era muy fuerte lo que sentía esa noche. Arturo vio los ojos vidriosos de su sobrino y en voz alta pidió a todos los presentes que cada uno diera un breve discurso.

Así fue que por turnos, cada uno fue dándole a Claudio palabras de agradecimiento y reconociéndole todo lo hecho durante tantos años. Hasta los más nuevos dentro del equipo, como el Gallego y el Pantera, rindieron un sincero tributo. Algunos, como Andrés, aprovecharon la ocasión para revelar que aún soñaba cada noche de viernes con que al otro día iba a salir campeón junto a sus amigos. Nazareno, por su parte, hizo una apuesta más fuerte y prometió que si llegaban a ganar el título sólo iba a ser junto a él porque no había forma de que el supremo deseo se materializara sin la participación directa de Claudio.

Luego, un emocionado Claudio dirigió algunas palabras a cada uno de sus compañeros y amigos. Claro que con unos mantenía una relación más estrecha que con otros pero, al fin y al cabo, a todos los unía una misma y única pasión.

“Lástima el partido despedida que tuviste”, bromeó Emiliano desde el otro extremo de la mesa. Pero a esa altura, lo importante era el grupo, no los resultados que, salvo el de ése día y el 1-2 de la primera fecha ante *El Naranja*, no eran tan malos. Pero, al parecer, no eran suficientes. ¿Y cuándo lo iban a ser?

## XV

La partida de Claudio obligó a Eduardo a buscar en un refuerzo para compensar la capacidad goleadora del *Nápoli* que había tenido una pretemporada de amistosos con un triunfo y dos empates. En una de esas paridades se produjo el debut del centrodelantero Manuel, un joven de La Plata, amigo del entrenador, el Pantera y el Gallego, con quienes también había compartido el equipo del *Banco Provincial*.

“Es una mezcla de los estilos de Julián y Claudio”, había descrito pretenciosamente el técnico cuando sus dirigidos le preguntaron cómo jugaba Manuel, quien había cumplido con su cuota goleadora en su primer amistoso aunque restaba ver cómo se desempeñaba por los puntos.

Todavía era verano cuando se produjo el debut oficial del delantero en la 11ra. fecha del Clausura y fue en un 3 a 2 frente a *Jogo Bonito*. Ese día, Manuel llegó tarde al club y el técnico lo dejó sentado en el banco desde el arranque. Pero el rival se puso 2-0 arriba y Eduardo mandó al delantero a la cancha y éste respondió con tres goles: el primero, tras un centro del Gallego, el segundo luego de un pase de Gabriel y el restante después de recibir un pelotazo largo de Nazareno.

Fue el debut soñado y la mayoría temía que haya sido la suerte del principiante o que con el correr de los partidos la mira del goleador perdiera cierta precisión. Pero ese miedo se disipó rápidamente, cuando en el encuentro siguiente Manuel volvió a marcar tres goles en el 5-3 frente a *Santa Fe*.

La racha del *Nápoli* se extendió una jornada más, con otro triunfo, pero *La Quebrada* sentenció (sí, otra vez) la suerte del equipo con un terrible 5-1. Las últimas dos fechas fueron victorias pero ya no hubo forma de acercarse al sueño, que quedó a tres escalones.

El equipo se caracterizó por su vocación ofensiva aunque tuvo cierta inestabilidad en el fondo ya que Eduardo dispuso siempre tres defensores, tres volantes de recuperación, dos de creación y dos puntas, por lo que a los jugadores les resultó más fácil atacar que defender y así hubo una gran cantidad de goles convertidos. Y en ese dibujo táctico, los habituales titulares eran El Polaco; el Pantera, Juancho y Vicente; Nazareno, Andrés y Marcos; Iván y el Gallego; Julián y Manuel. Mientras que arrancaban desde el banco Juan, Julio, Silvio, Rafa, Gabriel, Ezequiel, Emiliano y el propio Eduardo, aunque no siempre estaban todos ellos disponibles debido a que muchas veces se producía algún impedimento personal, tal como había ocurrido a lo largo de los años de vida de aquel plantel.

En este marco, y a pesar de que ya no entrenó más en *Scampia* durante la semana por la indisposición de la mayoría de los jugadores por cuestiones laborales y familiares, *El Nápoli* llegó a sus mejores números: tercer puesto y el 75 por ciento de los puntos. Mientras que Manuel se convirtió en el máximo anotador del plantel con seis goles. Esto le permitió a los celestes disputar un partido único frente al tercero del torneo anterior para dirimir quién se quedaba con la medalla de bronce de toda la temporada.

Rafa estaba recostado en el futón que acababa de comprarse para su departamento. “¡Qué comodidad!”, se dijo el joven mientras veía desde lejos el banquito cúbico de madera revestido en cuero plastificado negro que hasta ese día había oficiado de living dentro de su mono ambiente. Había estado ahorrando el dinero y al atardecer de ese viernes fue directamente a comprar el nuevo mueble a una fábrica madera ubicada a una cuadra del puente, a metros de la cervecería. Se había enamorado de aquel futón desde la primera vez que lo vio en la vidriera desde del colectivo en el que

viajaba todos los días a dar clases en un colegio de Bernal, donde tomó las pocas horas libres que le quedaban en la semana de su trabajo en la otra escuela. Y cuando por fin lo vio en vivo y en directo, no dudó y lo pagó en efectivo.

Ya era de noche y estaba cansado porque si bien desde la mueblería le habían llevado el futón en un flete, él solo tuvo que subirlo desde el hall de entrada del edificio, por escalera y hasta su departamento, en el segundo piso. Además, se había levantado temprano para darles expresión corporal a los niños del jardín nuevo y luego regresado a las clases con sus viejos alumnos de Quilmes Oeste.

Vio la hora y advirtió que se le hacía tarde para llegar a su cita porque todavía tenía que bañarse y cambiarse. En realidad, tenía más ganas de quedarse tranquilo en su casita que de salir con una extraña. Bah, no era precisamente una extraña, más bien una cita a ciegas propuesta por dos de sus amigos que lo veían solitario. La joven en cuestión se llamaba Laura y jugaba al hockey con las novias de Nazareno y Gabriel. Por las fotografías que los chicos le habían mostrado, a Rafa le pareció atractiva, más allá de que ya la había visto una vez en uno de los bares céntricos de la ciudad. De todos modos, una vaga imagen de ella se reflejaba en el espejo mental en el que más bien predominaban otros escenarios, como las sábanas limpias que había puesto en su cama antes de salir y la pelota rodando por un césped recién cortado.

Se alistó, tomó su campera de invierno, (la única abrigada porque la otra era la vieja de jean) y salió hacia la parada de colectivos, caminando por veredas desiertas en plena noche de un crudo otoño. Fue un trayecto corto, hasta la estación de servicios de Lavalle y Alem, donde había acordado reunirse para luego ir a tomar algo por la zona.

Rafa llegó primero y se sentó en el cantero de la ochava a esperar. Como era viernes no había tanta gente en esa esquina como sí ocurría los sábados por la noche. Pero Laura apareció enseguida, vestida con un jean, botas, una remera debajo de un

saquito de hilo y toda envuelta en un abrigo largo hasta las rodillas. Y tras un breve diálogo decidieron ir a tomar unas cervezas al bar ubicado justo enfrente y al que solían concurrir más parejas que jóvenes solos o en grupo.

“Bien, bien”, respondió escuetamente Rafa a Nazareno y Andrés cuando estos le preguntaron la mañana siguiente cómo le había dio en su cita. Estaban todos adentro del vestuario de la cancha 2 esperando que Eduardo diera la alineación titular para enfrentar nada más, ni nada menos, que a *Gavilán* y por el ansiado tercer puesto de la temporada. Nazareno y Andrés adentro; él, Gabriel y Emiliano al banco, los tres sentaditos uno al lado del otro entre los suplentes.

-¿Así que ayer saliste con una mina? –le preguntó el Gordo, que aún trataba de despertarse y disimular la resaca, a Rafa.

-Sí -respondió aquel en voz baja para evitar que Gabriel escuchara.

No es que no quería contarle ni que su amigo interviniera en la conversación, pero no le gustaba la idea de que conociera algunos detalles negativos de la cita y que su novia se enterara rápidamente.

-¿Y? ¿Qué pasó?

-No mucho. Fuimos a tomar algo a Quilmes, charlamos, mucho, nos dimos unos besos, la invité al depto. pero no quiso venir, así que nos despedimos.

-Bueno, bien.

-Sí, que se yo.

-Uh, flaco, no empecés, eh.

-¿Con qué?

-Con la mala onda.

-Bueno, ¿qué querés? La mina no me flasheó.

-¿Por? ¿Qué onda?

-La verdad, no es tan linda como aparecía en las fotos y habla mucho, pero mucho. Y viste como soy yo.

-No muy charlatán, que digamos. Sí, ya me di cuenta –sonrió Emiliano.

-Además, me faltó un poco de motivación porque estaba muy cansado y quería acostarme temprano para estar fresco para el partido.

-Pero por lo menos saliste con una mina. Yo estuve toda la noche en la cantina, todo huevo.

Rafa se rio fuerte y llamó la atención del resto de sus compañeros ubicados en el banco, donde Eduardo terminaba de dar las indicaciones a sus dirigidos para arrancar el decisivo encuentro.

-Che, Rafa, ¿cómo te fue anoche? -intervino Gabriel, quien aún despedía de su boca el aroma a café con leche que había desayunado dos minutos antes de salir de su casa para el predio del viejo Rómulo.

-Bien, bien.

-Joya, después me contás.

-Sí, sí, después charlamos -respondió Rafa, quien apenas sonó el silbato no apartó la vista de la cancha y no volvió a pronunciar palabra del tema.

“Le pegué con la rodilla y entró pidiendo permiso por el primer palo”, explicó Manuel al describir uno de sus tres goles del histórico 4-2 frente a *Gavilán*, lo que le valió a *Nápoli* la primera medalla de su historia. Otro de sus tantos fue de tiro penal y el restante de cabeza, dos de sus fuertes en su equipo anterior para el que había pateado unos 13 penales y convertidos todos. El cuarto gol de los celestes lo marcó Julián, de

tiro libre. “Les rompimos el culo a esos putos”, sentenció Nazareno al cabo del encuentro.

Después del partido, Mario se acercó a los jugadores del plantel que festejaban en el buffet del predio y les entregó la copa por el tercer puesto, y en el interior de la misma las medallas de bronce que le correspondían a cada uno de ellos. Antes del encuentro ya se había decidido que por la noche se iba a realizar el habitual asado de final de torneo, pero ahora se había agregado un motivo más para festejar.

Sin embargo, aquella reunión también tuvo su sinsabor ya que fue la última de Julio, quien a partir de entonces, decidió no jugar más con el equipo ya que prefirió no seguir siendo un suplente poco tenido en cuenta. A esa baja se le sumaron la de Silvio y Ezequiel, quienes tuvieron similares argumentos para dejar el plantel, aunque en el caso del primero surgía, además, el escollo de tener que viajar desde la Capital Federal, lo que le demandaba más tiempo en una etapa de su vida en la que debía atender otras responsabilidades ya que iba a ser padre.

Pero en lo futbolístico, la obtención de la medalla solidificó la estructura del plantel que en las primeras cinco fechas del Torneo Apertura obtuvo tres triunfos, uno frente al *Naranja*, un empate ante el entonces campeón *Los Pibes* y una sola derrota. Y el goleador en ese tramo de la competencia fue Manuel, con siete tantos.

La única espina que los napolitanos pisaron en aquel camino de rosas fue ante *Gavilán*, en la sexta fecha, a poco más de un mes de haberlo derrotado por el tercer puesto. Las secuelas de ese encuentro, tanto las buenas como las malas, aún estaban frescas en cada uno de los jugadores, por lo que no sorprendió que *El Nápoli* diera en 60 minutos una exhibición de fútbol y pusiera el marcador 4 a 0 a su favor, con dos goles de Manuel, uno de Julián y el restante de Gabriel, quien ya era la bestia negra de sus clásicos rivales.

Claro que los de azul dieron una ventaja en ese tramo del partido ya que Maxi fue al arco. Nunca se supo si esa extraña decisión se debió a ciertas ausencias en el plantel o fue una especie de castigo porque la estrella del equipo llegaba siempre tarde a los partidos.

Lo cierto es que cuando el 10 salió a jugar, la balanza del partido se inclinó definitivamente a su favor. No sólo por lo que él jugó, sino por lo que los napolitanos dejaron de jugar. La debacle celeste fue más psicológica que futbolística y en veinte minutos Maxi se hizo un festín convirtiendo dos goles, asistiendo a sus compañeros y sellando un 4-4 increíble.

“¡Amargos!”, fue el grito de guerra de Eduardo cuando el árbitro dio por terminado el partido. Luego, mientras sus jugadores aún trataban de buscar explicaciones adentro del campo de juego y veían a sus eternos rivales festejar, el entrenador se dirigió a su auto y abandonó el club en soledad.

“Que se vayan a cagar, la única vez que jugamos por algo importante, les ganamos”, le dijo Marcos a Andrés al salir de la cancha 2 con la frente en alto.

Por suerte para los napolitanos, Eduardo se disculpó después por su insulto, el clima en el seno del plantel siguió siendo muy bueno y en la cancha los jugadores se desquitaron con tres victorias seguidas. Aunque sufrieron dos bajas importantes: Juan, quien venía de una traumática separación de su esposa y madre de su hija, fue expulsado y recibió una severa suspensión; y Andrés quedó marginado por una grave lesión en su tobillo derecho.

Juan, quien ya se lo veía mejor luego de haber superado los efectos colaterales de la medicación que le había dado su psicóloga, saludó a Santiago con un fuerte

apretón de manos para darle la bienvenida al equipo. Andrés, con las muletas, trataba de pararse derecho al lado del marido de su hermana mayor.

-Espero que la locura no sea de familia. Porque tu cuñado está loco, ¿lo sabías?

-¿Ah, sí? -dijo Santiago con cierta timidez, típica de su bajo perfil, pero ahora potenciada por ser “el nuevo” del plantel.

-Sí, Andy esta re loco -indicó Juan entre risas y luego abrazó a su compañero lesionado que mantenía un *look* muy similar al de Santiago, con pelo claro y largo, un poco de barba y postura de rockero.

-¡Mirá quien habla! Santi, no le hagas caso. Si hay alguien en este equipo que está loco, es justamente Juan. Tiene el récord de expulsiones del plantel, con eso te digo todo.

-Juan, ¿entonces sos un pesado?

-Mentira. Eso por ahí era antes, pero ahora, después de tantos años yendo a la analítica, ya estoy más tranquilo. ¡Jajá!

-Che, Santi, a este flaco una vez lo echaron desde el banco, contra La Quebrada, y la última, con Amanda, después de que le festejó un gol en la cara a un defensor del otro equipo que en la jugada previa lo había bajado de un patadón. Es más, hasta una vez se metió en el medio de una pelea entre dos equipos que jugaban en la cancha de al lado a la nuestra porque pensó haber visto que a Naza le estaban pegando. Y, lo peor de todo, es que Nico y yo estábamos viendo la pelea del otro lado del alambrado y Juan se comió un par de piñas.

Andrés terminó de narrar aquella anécdota y se sentó en el banco de madera ubicado justo detrás del banco de suplentes de la cancha 2, donde los celestes enfrentaban a *San Francisco* por la 10ma. fecha, mientras Juan y Santiago se reían a carcajadas.

-Juan, ¿cómo hiciste para que te echaran festejando un gol? -preguntó Santiago, algo desconcertado.

-No sé, no me acuerdo.

-¡Qué no te vas a acordar! -acotó Andrés-. Si te echaron porque le escupiste la cara al defensor. Es más, te ibas solo de la cancha, antes de que el árbitro te mostrara la roja.

Juan dejó se reírse e hizo una breve pausa, pensativo.

-Tenés razón, ya me había olvidado.

-A mí me hizo acordar a la final del Mundial de Alemania, cuando Zidane le pegó el cabezazo a Materazzi.

-Y bueno, hasta los más grosos me quieren imitar.

Los chicos rieron un rato más hasta que Andrés propuso ir yendo hacia el vestuario para prepararse. “Ustedes se cambian y yo miro”, bromeó el lesionado, que no jugaba pero que seguía ejerciendo su capitanía.

Santiago debutó con un triunfo por 4 a 2 y una expulsión por doble amarilla. “No sé si corrés tanto como tu cuñado, pero que pegás como él, seguro. Eso sí que es de familia”, lo chicaneó el entrenador después del partido. “Lo bueno es que a Santi lo echaron por pegar dos patadas, no por discutir con los árbitros, como yo”, añadió Andrés.

Rafa terminó aquel encuentro más contento que de costumbre después de un triunfo futbolístico ya que, a diferencia de varios de sus compañeros y amigos, no era tan efusivo cuando de un partido se trataba. En su mente no cabía otro pensamiento que un ferviente deseo de que llegara la noche para verla a “Sassy”, la compañera de trabajo con la que ya había salido varias veces en las últimas semanas y quedado a dormir en el

departamento de ella en Capital. Sabrina Leiva era unos años más grande que él pero su imagen disimulaba aquella diferencia. Era una mujer de baja estatura, con una figura atlética, ojos redondos color miel y una boca de labios carnosos; atributos que a Rafa lo excitaban.

Sin embargo, en los primeros encuentros sexuales, el joven estuvo bastante nervioso y ella algo inhibida, por lo que hubo más momentos de tensión que de placer. Por ello, ahora él estaba deseoso de volverla a ver y poder mejorar su performance, y para lograrlo había propuesto un nuevo encuentro en su depto., para jugar más tranquilo y de local, entre las sábanas de su cama y la comodidad de su hogar.

Sin embargo, a Rafa le había costado demasiado convencerla a Sassy de que fuera a cenar hasta su departamento, por lo que él sentía cierto temor, el cual sonaba como una especie de alarma ante lo que podría deparar el futuro de la relación, si es que ella consideraba que había una.

Ante esa situación, Rafa había decidido no ejercer más presiones que las necesarias. Así que preparó una cena sencilla, nada romántica, sólo un fino vino tinto y unos discos de música brasileña que a la joven tanto le gustaba y que él había descargado de la Internet.

Era una noche gélida cuando Rafa salió con los minutos contados a buscar a Sassy a la parada. Ella viajaba siempre en colectivo o tren, al igual que él, y le habían enviado un mensaje de texto avisándole que estaba por llegar y preguntando cómo llegar hasta su departamento, más allá de que conocía bastante la zona Quilmes ya que hacía años que trabaja en el colegio de Bernal donde finalmente ambos se conocieron.

Cuando ella bajó del colectivo y vio a Rafa esperándola en la parada se sorprendió gratamente. Se acercó hasta él, lo besó tímidamente en la boca y preguntó hacia dónde había que ir. Caminaron rápido sin tomarse de la mano mientras él le

explicaba, para describirle un poco el barrio, que cerca de allí vivían otros profesores de la escuela.

-Entremos enseguida que tengo mucho frío, porfa -pidió ella mirando hacia los costados desde la puerta del edificio al tiempo que Rafa buscaba las llaves para abrir.

La cena fue excelente y apenas terminaron de comer se recostaron en el futón con sus copas llenas. Y antes de terminar la botella de vino, los dos ya estaban rodando desnudos por el piso. Esta vez, ella desató todo su erotismo y tomó el control absoluto de la situación entre jadeos y gritos. Fueron dos coitos desenfrenados, en los que él pudo acabar sin problemas en ambas ocasiones y ella en al menos uno.

Todavía era temprano y los dos permanecían tirados en la cama, ella recostada sobre el pecho de él.

-Si querés, podemos ir a tomar algo por algún bar. Estamos cerca del centro - propuso Rafa.

-Mejor quedémonos acá, ¿no te parece?

-Sí, que se yo -respondió él de mala gana.

-¿Cuál es el problema?

-Ninguno, Sassy, todo bien.

Sabrina levantó la mirada y observó el gesto adusto de su amante, por lo que se reincorporó y se sentó en la cama, de frente a él.

-Mira Rafa, hace unos días que quería decirte algo. Por ahí sé que te puede molestar pero prefiero que lo nuestro quede en la intimidad, a puertas cerradas. No es por alguien en particular, sólo que yo tengo una visión un poco particular de las relaciones.

-¿Sabés qué? Esperaba que me dijeras algo así. Me doy cuenta de que en la calle mantenés cierta distancia. Y está bien. No me molesta. Es más, mejor que me lo digas, así sé cómo comportarme con vos cuando nos vemos por ahí y hay gente.

-Bueno. Además, trabajamos en el mismo colegio y cada vez que vengo para esta zona pienso en que me puedo encontrar con alguien del laburo. Y no me gustaría que empiecen a chusmear porque después se mezcla todo.

-Está bien. Vos sabés que yo no hice ni voy a hacer ningún comentario sobre lo nuestro a nadie. Quedate tranquila.

-Gracias por entenderme.

-De nada -dijo Rafa y luego abrazó a Sassy, quien se volvió a recostar sobre su pecho mientras él encendía la televisión para dejar de pensar como ella acababa de arruinarle la noche.

La ausencia del capitán adentro de las canchas se sintió y *El Nápoli* entró en una racha negativa hasta el final del Apertura en la que perdió tres partidos y empató otro tanto. Encima, Manuel también se lesionó y estuvo varios encuentros fuera de la cancha. A pesar de ello, el conjunto terminó en la quinta posición, con el 59 por ciento de los puntos y con el delantero lastimado como máximo anotador, con 14 tantos; seguido por Emiliano, con seis.

Con la llegada de la primera fecha del Clausura, las esperanzas se renovaron como en cada Año Nuevo, cuando uno siente que es una posibilidad de empezar algo bueno de cero y borrar todo lo malo anterior; pero los celestes perdieron contra *El Naranja*. Ni siquiera el regreso de Andrés la fecha siguiente pudo cambiar el panorama de un equipo que recién volvió a ganar en la séptima jornada, con un contundente 3 a 1 frente a *Gavilán* y que marcó el debut en las redes del “Pitu”, quien se había

incorporado al plantel para suplir las ausencias de Manuel, el Gallego y el Pantera, quienes decidieron a fines de aquel 2006 volver a jugar en su club de La Plata. Eduardo iba a seguirles los pasos, pero adelantó que iba a honrar su compromiso con el plantel y quedarse hasta que terminara el torneo.

Por eso, el asado de fin de año se desarrolló, una vez más, en un clima de despedida por las partidas de varios jugadores y también de tristeza por los malos resultados que se venían obteniendo, lo que hacía aún mucho más difícil conformar un plantel completo, con variantes y motivado. Ya habían sufrido bastante los napolitanos con el hecho de no tener un arquero fijo, que se comprometiera a ir todos los sábados ya que El Polaco empezó a tener menos flexibilidad horaria en su trabajo y también en su casa, donde tenía que hacerse cargo de su familia.

-Che, Eduardo y ustedes dos, los hermanos, a ver si buscan un arquero porque yo no voy a ir más al arco -dijo Juan a sus compañeros Nazareno y Marcos, y al técnico, quienes estaban sentados del otro lado de la mesa.

-Quedate tranquilo Juancito, que si vas a volver a atajar como contra *Los Pibes* prefiero ir yo al arco -bromeó Emiliano recordando los siete goles que aquel equipo, que terminó siendo el campeón, le habían convertido a su amigo en el torneo que acababa de interrumpirse por las vacaciones de verano.

-¡Cómo te enculaste ese día, eh! En un momento no quisiste atajar más - intervino Nazareno.

-Y bueno, che ¿qué querían? Si me pateaban de todos lados.

-Tranquilo Juan, todos sabemos que tuviste un mal año pero ya pasó -trató de calmarlo Gabriel.

-Menos mal que estabas vos Gabi, sino, no sé qué hubiera pasado.

-¡Anda a cagar! -retrucó el Gordo-. Si ese día que llegaste de la psiquiatra, todo empastillado y sin poder hablar, te tuvimos que bancar entre todos.

Juan se empezó a reír a carcajadas y luego se acercó hasta donde estaba Emiliano y se le tiró encima para golpearlo un poco.

-¡Cómo estabas esa vez, Juan! -recordó Marcos-. Encima Julián que te decía: `boludo de mierda, estuviste años quejándote de la enana y ahora que te separas mirá como estás`. ¡Jajá!

Quedaba claro que había sido una temporada para el recuerdo, tanto por lo positivo como lo negativo. Sin dudas, un año que no iba a pasar desapercibido en la historia del equipo y de todos sus integrantes.

## XVI

La estación Bolívar de la Línea E de subterráneos estaba deliciosamente vacía. Claro, era sábado a la tarde y temprano. Si hubiera sido algún lugar del Interior del país, seguramente era tiempo para la siesta, pero en este caso sólo se trataba de un día no hábil en el corazón de la Capital Federal. En los últimos años, la ciudad se había calmado y mejorado en varios aspectos, sobre todo en lo económico, y eso repercutía favorablemente en la vida social, por lo que la mayoría de las personas ya no iba de un lado al otro, desesperada; aunque aquellos que aún permanecían marginados de dicha bonanza seguían desfilando en la vía pública, en la que Rafa se apuraba por llegar al departamento de Sassy, en San Telmo. La mujer vivía en un edificio viejo, como casi todo el barrio, pero acondicionado con mucho estilo, lo que se repetía en las distintas edificaciones que se convertían en una atracción para los turistas extranjeros que pululaban por las calles y veredas rotas y sucias que, al encontrarse en las esquinas, se hundían en montículos de basura.

El joven estaba tranquilo, más bien descansado ya que había tenido fecha libre en el torneo y no le dolía ninguna parte de su castigado cuerpo. Sí le preocupaba que después de un verano discreto *El Nápoli* hubiera arrancado mal el resto del Clausura, con un pobre empate y una dura derrota. Pero eso no era lo peor, Julián se había lesionado nuevamente de uno de los tobillos y debía ser intervenido quirúrgicamente, al igual que de los meniscos de la otra pierna, por lo que iba a estar fuera de las canchas por mucho tiempo. Ante esa situación, los encargados del destino del equipo ya evaluaban la posibilidad de convocar a un delantero nuevo y en ese sentido se barajaban distintas posibilidades.

Estas ideas ocupaban la mente dispersa del joven cuando éste llegó al departamento de Sassy, quien le bajó a abrir con una sonrisa en la boca y un beso en la mejilla. Tras el saludo de rigor, ella rápidamente lo invitó a subir.

Charlaron un rato sobre lo que cada uno había hecho la noche anterior con sus respectivos grupos de amigos y luego él le propuso ir al cine, a lo que ella accedió.

-Pero antes de irnos quiero decirte algo- indicó Sassy.

-¿Qué pasa? - Rafa la miró sorprendido, pero no tanto.

-Nada grave. Pero me parece que no da para seguir viéndonos -dijo ella mientras se sentaba en un gastado sillón individual, enfrentado a la silla en la que el muchacho se había ubicado en el otro extremo del pequeño ambiente.

-¿Por qué?

-Porque si seguimos puede ser que se arruinen las cosas entre nosotros y no quiero. La verdad es que en este tiempo que estuvimos saliendo la pasamos muy bien y hay cierto aprecio.

-Claro que hay aprecio. Pero, ¿esto es por la diferencia de edad o el laburo?

-No, no, no. Esto es porque yo soy así. Ya te dije que tengo una visión particular de las relaciones. Y no me da para seguir y tener que mentirte, porque si hay algo que siempre hicimos fue ser sinceros.

-Si somos sinceros, ¿por qué no me contás sobre esta visión tan particular de las relaciones de la que siempre hablaste? Porque, la verdad, es que me suena a excusa.

-No es una excusa. Es algo serio y que probablemente no entiendas -indicó ella cambiando un tono conciliador por uno más combativo.

-Contame y vemos. Creo que hay suficiente confianza. ¿Cuál es el problema?

Sin perder su gracia, ella se quedó sentada un rato mirando hacia la ventana, por lo que él se acercó, se sentó en el piso junto al sillón y la tomó de la mano. Sassy apenas la sujetó y se volvió hacia Rafa.

-Sassy, yo sé lo que es pasarla mal y en las relaciones también. Y si hay algo que aprendí es que abrirte a alguien te ayuda a aliviar el dolor, en serio.

-No tiene sentido, Rafa. No por vos, porque es cierto que tenemos confianza. Mejor dejemos todo así como está. Si total no hay peleas ni mala onda, y así podemos volver el lunes a vernos en el trabajo sin problemas, ¿sí?

Sassy se quedó pensando en aquel amigo de su padre, una basura humana que cada vez que iba de visita a su casa se quedaba mirando su cola y sus senos ya desarrollados para ser apenas una quinceañera. Hasta que una vez, aprovechando que se habían quedado solos en el living por un largo rato, este abusador le acarició los pechos por arriba de la remera durante varios segundos. Al recordar aquello, la mujer no lloró ni evidenció ninguna contrariedad delante de Rafa, quien entendió que ya no había caso en insistir con aquella relación. Por eso, el joven se fue sin protestar pero lamentándose que no le había confesado a Sassy que la quería y que la iba a extrañar mucho.

Rodrigo Ruíz había vivido toda su vida en Ranelagh, un pueblo chico donde todos se conocían, tal vez demasiado. Sin embargo, y a pesar de tener, más o menos, la misma edad que Marcos, Nazareno, Emiliano, Gabriel y Andrés, frecuentó otros grupos de amigos. De todos modos, fue el juego de la pelota el que siempre lo mantuvo en contacto con todos ellos. Primero, de adolescentes, jugando en un campito lindero a su casa paterna y en los últimos años disputado incontables partidos de papi fútbol con el Gordo y Andrés en el Club de Paleta, ubicado frente a la estación ferroviaria de dicha localidad.

Fueron Emiliano y el capitán del *Nápoli* los que propusieron a Rodrigo como el delantero para reemplazar las partidas de Claudio, Manuel y Julián, aunque el Gordo no estaba tan convencido de que la flamante incorporación debía jugar en el ataque.

La segunda semana de mayo, después de un sufrido triunfo y dos goleadas en contra, Rodrigo debutó en las redes en la victoria por 3-2 frente a *El Pozo*, en la que marcó dos tantos. El restante fue de “Juanpi”, otro vecino de Ranelagh que se había sumado al equipo casi al mismo tiempo para ocupar una función similar a la del Gallego, como volante de creación. Juanpi ya había jugado en la *Liga Kilmeña* pero para *Porter*, por lo que conocía a la mayoría de sus compañeros, a algunos desde hacía muchos años.

El equipo se fue rearmando aunque su destino en el torneo ya estaba sellado. Una victoria por ausencia del rival y un empate, con otro gol de Rodrigo, depositaron al conjunto napolitano en una última fecha en la que no había otro motivo para ganar más que para despedir a Eduardo.

El suelo de la cancha 4 estaba tan desparejo e irregular como el equipo aunque, al igual que éste, mostraba algo de vida. Las bajas temperaturas recién llegadas del sur quemaban en seco y cortaban la piel de los abrigados jugadores que se disponían a enfrentar a *Deportivo Amistad*, que contaba entre sus filas con Camilo, primo de Iván y quien ese sábado era el 9 titular del conjunto que vestía remera, pantalón y medias negras con vivos verdes.

El día de la despedida de Eduardo, *El Nápoli* jugó con Mateo, Juan, Juancho, Andrés, Santiago, Silvio (quien acababa de regresar al plantel), Nazareno, Marcos, Rafa, Vicente, Iván, Lucas (un chico que tuvo un paso fugaz pero que posibilitó que el

equipo tuviera su única publicidad de la historia en su remera), Emiliano, Gabriel y Rodrigo.

Además, Manuel, el Pantera y el Gallego habían ido desde La Plata pero no para jugar, sino para estar presentes como público en aquella emotiva ocasión y entregarle a su amigo Eduardo una plaqueta en honor a su paso por el equipo.

Parecía que los jugadores estaban más pendientes de sacarse fotos con el entrenador que se despedía que de jugar porque el comienzo del partido fue decididamente un festival de Camilo, quien marcó tres goles. “¡Párenlo, párenlo!”, gritaba Eduardo cada vez que el 9 rival encaraba y pasaba con la pelota dominada. “¿Qué mierda querés que haga si es el doble de grande que yo?!” respondió Andrés desde el fondo de la cancha, donde había vuelto a jugar de segundo marcador central después de mucho tiempo.

*El Nápoli* se esforzó y logró descontar con goles de Lucas e Iván, quien se había puesto el equipo al hombro para equilibrar su disputa personal con su primo. Por entonces, en la cancha ya se encontraba Eduardo, desencajado porque no podía aceptar que su último partido fuese una derrota desastrosa. Tan fuera de sí estaba que protestó varios fallos seguidos contra el árbitro, quien terminó por echarlo de la cancha. “¡Juez, juez!, dejalo en la cancha que es su último partido”, le pidió Emiliano al referí, quien luego de la insistencia del jugador le permitió a Eduardo volver a jugar en una decisión insólita pero a la que adhirieron hasta los rivales.

Lamentablemente, la permanencia de Eduardo en la cancha y los aportes de urgencia de los chicos platenses no pudieron evitar que *El Nápoli* perdiera 4 a 2, ni que terminara en las 12da. posición en la tabla, con un 40 por ciento de los puntos y Emiliano como goleador, con cuatro tantos, seguido por los tres goles de Rodrigo.

Pero la tristeza duró poco ya que por la noche los jugadores se reunieron en la casa quinta de Eduardo en City Bell para compartir un asado y unos tragos, y así completar la merecida despedida que el anfitrión se merecía.

Ahí sí estuvieron todos, hasta El Polaco y Julián, quienes no habían podido ir al partido, el primero por inconvenientes laborales, el segundo porque todavía estaba en muletas ya que se acababa de operar de la osteocondritis en su tobillo, misma enfermedad que aquejaba el maltrecho pie derecho de Andrés.

Reunidos en el quincho de la casa, mientras afuera caía el típico rocío de las zonas descampadas, el Pantera aprovechó la ocasión para anunciar que al mes siguiente iba a organizar una fiesta para su cumpleaños. Esta vez, el festejo se iba a ser en la sede deportiva del sindicato de los metalúrgicos, en Villa del Plata, cerca de su casa. “Ojalá sea como la del año pasado”, dijo Juan en alusión a la fiesta de aquel sábado lluvioso en el que el cumpleaños montó una amplia carpa en su embarrado jardín donde presentó a su novia, hermana de exarquero profesional que fue uno de los pocos invitados que nunca se levantó de la silla y bailó con la tierra mojada hasta los tobillos. Y eso que en esa oportunidad sobaban motivos para celebrar ya que ese mismo día Argentina había derrotado a México y pasado a las semifinales del Mundial de Alemania.

-¡Qué bien que la pasamos, loco! -expresó Emiliano-. Nunca volví tan embarrado de una fiesta, jeje. El jean casi lo tuve que tirar.

-No me hagas acordar, que yo puse a lavar el pantalón con la alianza en el bolsillo y la enana cuando lo encontró casi me mata -relató Juan mientras sus compañeros y amigos se mataban de risa.

Esta nueva edición de la fiesta de cumpleaños del Pantera iba a estar marcada ya no por el barro sino por la niebla que desde hacía varios días cubría toda la costa del Río de la Plata. Claro que muchos no la pasaron tan bien como el año anterior, como

Eduardo, quien apenas dejó el equipo había sufrido una lesión en el hombro y debió ser intervenido quirúrgicamente; o Nazareno, quien después de siete años se había peleado con su novia y estaba preso de una tristeza que en aquel momento parecía no tener fin. Pero como siempre ocurre, paró de llover, el barro quedó seco y la niebla se disipó.

Oswaldo salió de su lujosa casa en el country de Hudson a bordo de su auto de alta gama y acompañado de su hijo Lucas, quien llevaba su bolso con todo lo necesario para jugar. Cruzó la calle principal de aquel predio de 320 hectáreas ubicadas al costado de la Autopista Buenos Aires-La Plata, donde vivían un selecto grupo de familias ricas distribuidas en unas 1.400 casas separadas en 20 barrios distintos, cada uno con su propio estilo.

Allí, donde abundaban los bosques centenarios, lagos y arroyos, los residentes tenían de todo: una escuela trilingüe, comercios, restaurantes, un campo de golf profesional y canchas para practicar distintos deportes. Todo eso, a tan solo 35 minutos de la Capital Federal.

Y como si todo eso fuera poco, para agasajar la vista se podían apreciar en el centro del club de campo el restaurado casco histórico, que constaba de una casona francesa construida a principios del Siglo XX en piedra blanca traída desde Europa, y un molino holandés.

Oswaldo era un exitoso empresario vestido con ropa deportiva, aunque no se disponía a correr detrás de la pelota, sino a dirigir a quienes sí iban a hacerlo. Ya conocía a gran parte de los jugadores por que, por un lado, había convertido tres goles en dos partidos en la temporada 2000 y, por el otro, estaba a cargo del laboratorio para el que trabajaban varios de sus ahora dirigidos.

Cuando llegó al *Nápoli*, el principal problema que Osvaldo debió enfrentar fue la ausencia de Julián, aún lesionado, y el segundo, lograr insertar a su hijo dentro del plantel que, para suplir las partidas de los jugadores platenses, había reincorporado a Johnny después de cinco años de ausencia de aquel.

-¿Quién este viejo? -preguntó un sorprendido Rafa cuando vio llegar al club al flamante entrenador.

-¿No te acordás de él? -repreguntó Nazareno.

-No, ¿por?

-Porque jugó con nosotros un par de partidos hace muchos años.

-Pero jugó cuando Rafa no estaba -intervino Marcos, quien seguía llamando desde su celular a los chicos que llegaban tarde al vestuario-. Me acuerdo que en el primer año que jugamos acá hizo dos goles en un partido y se colgó del alambrado.

-¿Y qué pasó con Cosme, el padre de Iván? ¿No era el principal candidato para agarrar el puesto?

-Iván se lo propuso pero no quiso. No sé por qué -explicó Marcos más preocupado por la demora de los jugadores.

-¿Y qué onda este tipo?

-Mirá, Osvaldo es un obsesivo, está como loco por dirigir -indicó Nazareno, quien conocía al nuevo director técnico por trabajar día a día como su subordinado más directo en el laboratorio.

Y, en cierta medida, tenía razón porque el entrenador fue muy meticuloso desde el principio con un claro esquema 4-4-2, más metedor que jugador, y apostó a la capacidad goleadora de Rodrigo y Emiliano. No había un arquero fijo, los defensores eran Juan, Juancho, Vicente, Santiago y Silvio; en el medio estaban Rafa, Nazareno,

Andrés, Marcos, Gabriel y el hijo del entrenador; y para atacar estuvieron, además de los dos goleadores, el Pitu, Johnny y Juanpi.

Ese sábado el equipo estrenó entrenador pero cayó en el debut del torneo 1 a 0 ante *El Naranja*, aunque en la fecha siguiente se recuperó con una victoria por el mismo marcador, lo que sentó las bases de lo que iba a ser aquel campeonato para los celestes: un permanente intercambio de una de cal por una de arena.

Rafa estaba ansioso por salir esa noche. Horas antes, su equipo le había ganado 1 a 0 a *Porter*, con un gol de Gabriel y por la 10ma. fecha del torneo, y quería festejar aquella sufrida victoria. Y no era para menos, el conjunto napolitano había sumado hasta aquel día tres victorias, dos empates y cuatro derrotas, por lo que ahora la balanza quedaba un poco más pareja. No sólo eso, el triunfo se había logrado a pesar de las ausencias de Andrés y Nazareno, quienes se habían ido de vacaciones de invierno a Bariloche.

“Espero que la estén pasando bien, principalmente Naza, que sigue re mal por la separación”, se dijo el joven mientras analizaba a quien podía llamar para que lo acompañase a tomar algo al centro de Quilmes. Probó con Gabriel pero el goleador salía con su novia. Intentó también con Emiliano, pero éste tenía otros planes con sus amigos del colegio, incluido Marcos.

Rafa no se desanimó y tampoco cayó en la tentación de buscar a sus viejos amigos o amigas. Quería cosas nuevas, por lo que salió solo a pesar de lo fresca que estaba la velada y se dirigió a un bar nuevo que habían abierto en el centro quilmeño, destinado más que nada a chicos más jóvenes que él.

Era un local que había sido restaurado con todos los lujos, con mucho vidrio y luces de neón que abarcaban la paleta cromática completa. Varios años antes, el mismo

lugar había sido un bar más pequeño y rústico en el que solían tocar bandas de rock y vender cerveza muy barata. Ahora, los inexpertos clientes, ansiosos y exacerbados, copaban las dos largas barras ubicadas en los extremos opuestos del bar pidiendo vinos espumantes y tragos elaborados con bebidas blancas y energizantes. Ya no sonaba un rocanrol sino la más moderna electrónica.

Rafa llegó temprano para no tener que esperar en la fila para entrar, así que ingresó rápido y sin mayores inconvenientes. Como era una noche de estreno no le cobraron entrada y había promociones de 2x1 hasta la 1, por lo que fue directamente a comprar una cerveza. Halló una banqueta y la arrimó hacia la barra hasta que sus pies tocaron el barral de metal ubicado cerca del suelo. Allí descansó con sus codos apoyados sobre una resbaladiza madera que el mozo se encargaba obsesivamente de limpiar todo el tiempo y bebió tranquilo y sin apuro su primera cerveza.

La música sonaba a todo volumen y la gente entraba al bar sin parar y a los empujones. Rafa comenzó a sentirse molesto y agradeció haber llegado temprano y alcanzado un lugar para sentarse, aunque ahora prefería estar más lejos de la barra para evitar el tumulto. Entonces trató de correr la banqueta entre la muchedumbre desahogada que buscaba un trago y así poder alejarse del sector donde estaba la caja, el más superpoblado. Levantó las patas de aquel asiento con esfuerzo y cuando lo volvió a apoyar sintió que no lo hacía sobre algo firme. Bajó la cabeza hacia el piso y entonces escuchó un insulto. Al levantar la vista, allí estaba ella, tan furiosa como radiante, queriendo matarlo porque le estaba aplastando un pie.

-Mil disculpas. No te vi. Perdoname -arrancó Rafa avergonzado.

-Está bien. No te preocupes. Calculo que no lo hiciste a propósito -respondió ella, una flaca de pelo morocho y largo hasta la cintura, y unos ojos color verde esmeralda.

La muchacha llevaba puesto un pantalón de jean ajustado y una remera más suelta. Y a Rafa le gustó la armonía de su cuerpo.

-¿Cómo te llamas? -preguntó él luego de varios instantes en los que le sacó una radiografía a la joven, quien, por su parte, se había quedado esperando que el chico tomara una iniciativa menos evidente que la que acababa de exhibir con sus ojos.

-Victoria.

-Yo soy Rafael. Mucho gusto.

-Igualmente -dijo ella al tiempo que él le ofrecía sentarse en la banqueta de la discordia. Ella aceptó y le aclaró que lo hacía sólo “por un ratito” porque estaba esperando a unas amigas.

De esta manera, los dos jóvenes permanecieron un largo rato charlando cara a cara y aprovechando el 2x1 hasta el último minuto.

La victoria ante *Porter* fue recibida por los jugadores celestes como una posibilidad ideal de despegar definitivamente como un equipo con aspiraciones de cara al tramo final del torneo. Pero ese éxito tenía que ser revalidado inmediatamente después ante *San Francisco*, un rival que en los planes era posible de vencer. Pero en el primer tiempo, *El Nápoli* se fue perdiendo por un gol y la charla técnica fue a puro reproche.

“Este partido está perdido”, arrancó Osvaldo ante la mirada cansada de sus jugadores que se encontraban sentados en ronda al costado de la cancha 3, a la sombra de los árboles. Claro que ese comentario, que era apenas el inicio de una frase menos pesimista, fue un disparador para algunos, como en el caso de Andrés, quien a los gritos le recriminó al técnico esas palabras. Ante esa situación, el entrenador aclaró

rápidamente: “Este partido está perdido... sino se corrigen los errores del primer tiempo.”

Lo cierto es que los jugadores salieron a jugar el segundo tiempo con otra actitud y otro rendimiento y alcanzaron un empate, que no sirvió para acercarse a la punta pero, al menos, evitó una nueva derrota. Nadie se quedó conforme, especialmente el director técnico, que tras el encuentro prometió a sus jugadores que les invitaría un asado si en un próximo partido convertía un gol de pelota parada, ya sea un córner o un tiro libre.

No sé si sirvió de motivación o simplemente fue obra del destino, pero lo cierto es que en la fecha siguiente, el equipo venció 1 a 0 al *Lince* con un gol surgido de un tiro libre, por lo que el técnico no tuvo más remedio que cumplir con su promesa. Y lo hizo ese mismo sábado cuando, apenas concluyó el encuentro, organizó un asado en su casa del country en Hudson con un par de llamados desde su celular.

No puedo creer que con semejante casa y semejante parrilla, este tipo compre fernet berreta, pensó Rafa apenas iniciado el almuerzo del que participaron casi todos los jugadores.

Pero más allá de la buena predisposición, el técnico no logró establecer una buena conexión con el plantel. Quizás porque no supo, no pudo o no lo dejaron. O simplemente porque no se dio.

Y esta falta de química se sintió en la cancha ya que el partido siguiente fue una derrota que derivó en una convocatoria urgente de Julián, quien ni siquiera había terminado de realizar la rehabilitación tal cómo se lo habían indicado los médicos. Pero él, como muchos otros jugadores del *Nápoli*, sacrificaba su salud para poder jugar.

La vuelta del crack se notó y *El Nápoli* ganó por goleada después de mucho tiempo, al tiempo que Julián se dio el gusto de marcar uno de los tantos. Fue una

victoria 5 a 1 frente a *Los Iniciales* y los otros tantos los marcaron Rodrigo, en dos oportunidades, Nazareno e Iván.

Pero una vez más, el equipo quedó preso de su discontinuidad y terminó el torneo con un empate y una dura caída ante *Gavilán*. Así, *El Nápoli* finalizó en el séptimo puesto, con el 50 por ciento de efectividad y con Rodrigo como goleador, con cuatro; secundado por Emiliano, con tres.

“¡Qué mal que jugamos hoy!”, le dijo Rafa a Andrés mientras bebían unos fernets en la fiesta de cumpleaños del capitán que había sido organizada por Nazareno en una tremenda casa quinta y también en honor a Gabriel, quien cumplía al día siguiente, y otros dos amigos de los chicos.

La clara derrota ante los de azul había sido un duro cierre de torneo pero que, una vez más, no impidió que los jugadores encontraran su espacio para celebrar entre amigos. En la fiesta estuvieron casi todos, inclusive los padres de familia como Iván, Santiago y Juan, quien a esa altura ya había vuelto a formar una nueva pareja con una psicóloga pero no quien le daba terapia.

“¡Vamos a ver, vamos a ver! ¡Dale!”, gritó Juan a sus compañeros al tiempo que les señalaba el playón de estacionamiento frente al río, afuera del predio del viejo Rómulo Algunos se acercaron a observar pero otros se negaron ya que sabían que no iban a presenciar nada nuevo o distinto de lo que acababa de suceder en la cancha 3. Allí, El Polaco se había tomado a golpes de puño con un gordo gigante *del Naranja* cuando estaba por terminar el partido correspondiente a la primera fecha del Torneo Clausura, que fue una derrota por 4 a 2.

-Cuando vi al Pola que se puso en guardia como un boxeador no lo podía creer - indicó Nazareno, un poco más tranquilo, dentro del buffet del club.

-¿Pero cómo fue? -preguntó Rafa.

-La cosa empezó cuando echaron al gordo del *Naranja*, que ya se había puteado con El Pola -respondió Andrés mientras guardaba sus cosas en la mochila-. Pero el boludo del árbitro no lo hizo salir por el medio de la cancha sino por atrás del arco y ahí se dijeron de todo y empezaron las piñas.

-Y después de que los echaron y se suspendió el partido, El Pola lo desafió al gordo a seguirla afuera del club -añadió Nazareno en momentos en que Juan entraba al buffet a las corridas.

-Pensé que se iban a matar pero el gordo se comió los mocos y se fue -explicó el recién llegado, algo decepcionado.

*El Nápoli* acababa de empezar un torneo nuevo a las piñas, una señal que se transformó en una triste realidad hasta el final de ese año, lapso en el que el equipo no consiguió ganar ninguno de los siguientes cinco partidos, en los que consiguió tres empates (uno ante *Gavilán*) y dos derrotas. El único rendimiento individual que parecía dar buenos resultados era el de Rodrigo, quien marcó cinco goles en esas seis primeras fechas.